

Moisés, ó mejor el Espíritu Santo; todo lo restante es estilo figurado.» «Es, pues, tan falso como inoportuno ora buscar en la Biblia tesis en favor de opiniones científicas, ora combatirla en nombre de la ciencia. Los escritores católicos que lo hicieron se dejaron extraviar por el entusiasmo.»

El Concilio del Vaticano sentó el principio de condenación de estos diversos sistemas en estas sencillas palabras: «*Si álguien negare que los libros de la sagrada Escritura fueron inspirados en su totalidad y en todas sus partes: LIBROS INTEGROS CUM OMNIBUS SUIS PARTIBUS, sea anatema (1).*»

3.º Algunos semiracionalistas fuéron hasta relegar entre los mitos muchos relatos bíblicos. «¿Quién va á creer en el origen genesiaco del mar Muerto? ¿Quién va á admitir la verdad de los hechos y hazañas de Sansón? ¿Quién va á aceptar tantos otros relatos maravillosos? Son leyendas inventadas para representar á la imaginación un dogma ó una ley; son mitos, ó, si lo preferís, son parábolas.» ¿No creeríamos oír á los racionalistas de la escuela mítica? ¿Puede uno llamarse católico y burlarse así de la palabra divina?

Conclusion. 715. Todas estas doctrinas de los semiracionalistas son «nuevas, temerarias, erróneas, destructoras de la fe, olientes á herejía», hasta heréticas, «y ya muchas veces condenadas (2).» «La razón humana, rechazando la autoridad de la Iglesia, y confiada en sus propias fuerzas, se ha tomado la libertad de andar por un terreno que no es el suyo, y se ha precipitado en abismos de errores (3).» ¿Necesitamos advertir que los que sostienen los principales errores de que acabamos de hablar, sólo por abuso de lenguaje pueden conservar el nombre de *católicos liberales*?

(1) *De fide cath.* cap. II, can. 4.

(2) Greg. XVI, Brev. *Ad augendas*.

(3) Pius IX, *Alloc. consist.* 9 Dec. 1859.

CAPÍTULO III.

Tres caracteres de los errores anteriores: Observaciones generales.

Artículo I.—Tres corolarios.

716. El método y principios de los semiracionalistas de Alemania eran contrarios al *método y principios de las escuelas católicas*. En vez de decir: Los doctores católicos no pudieron errar, nosotros somos los que nos equivocamos, decían: Nosotros no podemos equivocarnos; luego no tienen razón los teólogos escolásticos, ó por lo menos su manera de enseñar la ciencia de las verdades reveladas no se halla ya en armonía con los progresos del espíritu humano. *El método y principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la teología no se acomoda de manera alguna á las necesidades de nuestros tiempos y al progreso de las ciencias (1).*»

717. Las nuevas doctrinas disgustaban á la Santa Sede; se había condenado severamente á los autores; habíanse calificado desfavorablemente muchas proposiciones, y puesto en el Índice muchas obras. A menudo los nuevos doctores hacían protestas de respeto á la autoridad pontificia, pero se desataban en invectivas contra las *Congregaciones romanas*. «Las Congregaciones de Roma son un hormiguero de inteligencias limitadas incapaces de abarcar los vastos horizontes de la ciencia moderna.» «Es triste que esté rodeado el Papa de tantos

1. Tres errores.
1.º Corolario contra el escolasticismo.

2.º Corolario contra las Congregaciones romanas.

(1) *Methodus et principia quibus antiqui doctores scholastici theologiam excoluerunt, temporum nostrorum necessitatibus scientiarumque progressui minime congruunt. (Syllabus, prop. 13).*

personajes sistemáticamente hostiles á la filosofía.» «El clero de Roma es piadoso; pero no comprende las aspiraciones actuales de los espíritus; en vez de ponerse al frente del movimiento científico de la época, combate á los que abren el camino para una nueva apologética de la Religión.» Muchos envolvían en las mismas censuras á la Santa Sede misma y á las Congregaciones romanas. *Los decretos de la Sede apostólica y de las Congregaciones romanas impiden el libre progreso de la ciencia* (1).

3.º Corolario
contra la tradi-
cion católica.

718. Las doctrinas hermesianas contradecían toda la *tradición católica*; contradecían la enseñanza de los Padres, como también la de los teólogos y hasta las mismas definiciones de los Concilios ecuménicos. No queriendo ni abjurar el error ni rechazar la autoridad de los Padres, de los doctores y de los Concilios, pretendieron los hermesianos que transcurriendo los siglos y gracias al progreso de la ciencia, se podía llegar á entender en nuevos sentidos las verdades reveladas: *La revelación divina es imperfecta, y por tanto se halla sujeta á un continuo é indefinido progreso, que corresponde al desarrollo de la humana inteligencia* (2).

El modo de entender los dogmas cambia, dicen, con el tiempo: los cristianos de la época apostólica les atribuían sentidos imperfectos; los Padres alcanzan ya sentidos más perfectos; pero en nuestra época, gracias al desarrollo de la filosofía y de todas las ciencias, podemos aspirar á un conocimiento sublime de las verdades reveladas. «Sentidos desconocidos hasta el presente se revelan á las inteligencias deslumbradas; es como una nueva revelación; ante esta tan luminosa irradiación de los dogmas, la incredulidad no podrá sostenerse en pié; todos los racionalistas volverán á creer.»

(1) Apostolicæ Sedis, Romanarumque Congregationum decreta liberum scientiæ progressum impediunt. (*Syll.* prop. 12).

(2) *Syll.* prop. 5.

Mas, si la Iglesia entiende los dogmas tan pronto en un sentido como en otro; ¿qué va á ser de su infalibilidad?

La Iglesia, respondían los doctores, es infalible, lo creemos; pero es preciso entender bien su infalibilidad. De los diferentes sentidos de que es susceptible un dogma, elige y define siempre la Iglesia «el más conveniente y discreto, según la época,» hé aquí de que manera es infalible; pero el sentido que admite puede no ser absolutamente verdadero. Habrá siempre, pues, en sus definiciones «cierta verdad,» pero no «la verdad entera.» Cuando después la ciencia hubiere entrado en una nueva fase, quizás no corresponda ya á sus progresos el sentido anteriormente admitido; entonces la Iglesia alcanzará un nuevo sentido de la verdad, y dará una definición más perfecta.

Hé aquí un ejemplo. Hubo en el siglo V unos herejes que *separaban* ambas personas en Jesucristo. Por razón «del estado imperfecto de la ciencia psicológica de aquella época,» no se podía condenar la *separación* de las dos personas sin afirmar la unidad de la persona. La Iglesia, pues, definió en el Concilio de Éfeso la unidad de persona en Jesucristo. Mas «los progresos que ha hecho la psicología desde Descartes y Kant, nos permiten hoy concebir en Jesucristo dos personas de manera alguna *separadas*, antes al contrario perfectamente unidas.» Por consiguiente, la Iglesia va á rechazar el primer sentido de la unidad de persona y á concebir en Jesucristo «una persona compuesta de dos personas.»

En verdad, otra vez lo preguntamos, ¿puede uno llamarse católico, y proponer errores tan monstruosos?

719. Pio IX defendió *la teología escolástica* de los ataques de los hermesianos, como de los ataques de protestantes y jansenistas lo habían hecho Sixto V, Pio VI y tantos otros Pontífices.

II. Condenación de estos tres errores.
1.º Condenación del primero.

No ignoramos, escribe al arzobispo de Munich, que se han propagado en Alemania falsas prevenciones contra la antigua escuela y la doctrina de aquellos doctores eminentes á quienes venera la Iglesia por su admirable sabiduría y santidad de vida. Estas prevenciones ponen en peligro la autoridad de la misma Iglesia; porque no sólo, por tan larga serie de siglos, permitió la Iglesia que fuese universalmente cultivada la ciencia teológica en las escuelas católicas, según el método y los principios de aquellos doctores, si que también se ha complacido á menudo en ensalzar con los mayores elogios su doctrina teológica, y la ha vícamente recomendado como un fortísimo antemural de la fe y armadura formidable á sus enemigos (1).

2.º Condenación del segundo.

720. El mismo Pontífice reprendía á los nuevos doctores por las invectivas con que atacaban los decretos de la Santa Santa Sede y de las Congregaciones romanas: *Esos católicos, dice, por un lamentable extravío, se asocian á menudo con los que declaman y vociferan contra los decretos de esta Silla apostólica y nuestras Congregaciones, repitiendo que estos decretos impiden el libre progreso de la ciencia. Con esto se exponen al peligro de romper los sagrados vínculos de obediencia, que, por voluntad de Dios, los unen á esta Silla apostólica, erigida por el mismo Dios en maestra y vengadora de la verdad* (2).

(1) Epist. ad Arch. Monac. Tuas libenter.

En otro lugar el mismo Pontífice enumera entre los principales defectos de las obras de Günther los ataques contra los escolásticos: «Accedit nec ea sanctos Patres reverentia haberi quam Conciliorum canones præscribunt, quamque splendidissima Ecclesiæ lumina omnino promerentur, nec ab iis in catholicas Scholas dictariis abstineri, quæ recolendæ memoriæ Pius VI decessor noster solemniter condemnavit. (Epist. ad Arch. Colon. Eximiam tuam).»

(2) Epist. Tuas libenter.

¿Puedese, en efecto, atacar á las Congregaciones romanas sin menoscabar la autoridad del Vicario de Jesucristo? ¿No son los órganos del Sumo Pontífice en el ejercicio de su cargo pastoral?

721. Pero Pio IX condenó aún más fuertemente la tercera doctrina de los hermesianos sobre las variaciones del dogma católico. En 1857 decía en su carta el Arzobispo de Colonia: *Debemos en gran manera reprobar y condenar esa temeraria pretension de otorgar á la filosofía y á la ciencia, que en materia de religion no debe dominar sino servir, de otorgarle, decimos, el oficio de maestra; pues introduciendo con esto la perturbacion en materias que deben quedar á salvo de todo ataque, se destruye la distincion entre la fe y la ciencia, se desconoce la perpetua inmutabilidad de la fe, que siempre es una misma, cuando la filosofía y las ciencias no siempre se hallan acordes consigo mismas y no pueden sustraerse á una multitud de errores diversos* (1). En 1862 el mismo Pontífice se levanta aún con mayor energía contra aquellos que no temen afirmar que la revelacion es imperfecta y se halla sujeta, como las ciencias humanas, «á un continuo é indefinido progreso» (2).

3.º Condenación del tercero.

En 1870 el Concilio del Vaticano condena solemnemente el mismo error: *La doctrina de la fe, que Dios reveló, no fué entregada, cual invencion filosófica, al humano ingenio para que la perfeccionara; sino que fué confiada, cual depósito divino, á la Esposa de Cristo, para que fielmente la guardara é infaliblemente la enseñara. Por tanto hay que mantener perpetuamente el sentido de los dogmas sagrados que una vez declaró la santa Madre Iglesia, no siendo jamás lícito apartarse de él so pretexto y á nombre de un conocimiento más pro-*

(1) Epist. Eximiam tuam.

(2) Alloc. consist. 9 juo. 1862.

fundo de los mismos. Crezca, pues, y progrese poderosa y copiosamente, en cada uno como en todos, en cada hombre como en toda la Iglesia, con el transcurso de los siglos y las edades, la inteligencia, la ciencia y la sabiduría, pero sólo en su género, es decir, del mismo dogma, del mismo sentido, y de la misma doctrina (1).

4.º Observación sobre el verdadero progreso de la doctrina.

722. Admite, pues, la Iglesia un progreso en la doctrina. Pero consiste en penetrar en la inteligencia del dogma, no en alterarlo: lo que primeramente se admite implícitamente y se enseña con menor claridad, se cree después explícitamente y se propone escuetamente: nada se ha cambiado, nada añadido, nada suprimido; sólo que el mismo dogma se ha vuelto más luminoso, porque se ha formulado con mayor precisión, enseñado con mayor insistencia y cultivado con mayor solicitud (2). Pero no consiste este progreso en entender el dogma en diferente sentido de aquel que antes se le daba: *Si alguien dijere*, son palabras del Concilio, *que á*

(1) Neque enim fidei doctrina, quam Deus revelavit, velut philosophicum inventum proposita est humanis ingeniiis perficienda, sed tanquam divinum depositum Christi Sponsæ tradita, fideliter custodienda et infallibiliter declaranda. Hinc sacrorum quoque dogmatum is sensus perpetuo est retinendus, quem semel declaravit sancta mater Ecclesia, nec unquam ab eo sensu, altioris intelligentiæ specie et nomine recedendum. Crescat igitur, et multum vehementerque proficiat, tam singulorum quam omnium, tam unius hominis quam totius Ecclesiæ, ætatum ac sæculorum gradibus, intelligentia, scientia, sapientia, sed in suo dumtaxat genere, in eodem scilicet dogmate, eodem sensu, eademque sententia. (*De fide cath.* cap. iv, 5).

(2) Christi vera Ecclesia, sedula ac cauta depositorum apud se dogmatum custos, nihil in his unquam permutat, nihil minuit, nihil addit... Quid unquam aliud conciliorum decretis enisa est, nisi ut quod antea simpliciter credebatur, hoc idem postea diligentius crederetur; quod antea lentius prædicabatur, hoc idem postea instantius prædicaretur; quod antea securius colebatur, hoc idem postea sollicitius excoleretur? (*S. Vinc. Lirin. Commonit.*)

los dogmas propuestos por la Iglesia pudiese dárseles algún día, á causa del progreso de la ciencia, otro sentido diferente del que entendió y entiende la Iglesia, sea anatema (1).

Artículo II.—Últimas observaciones.

723. Los nuevos doctores habían querido hacer una apología demostrativa de la Religión, y atacaban sus bases y hacían bambolear todas sus verdades. Prometían volver á la fe á los racionalistas, y abrazaban sus principios y renegaban de los dogmas. Pretendían servir á Dios y á su Cristo, y combatían la autoridad de los Padres, de los teólogos y de los concilios. Había todas las apariencias de la piedad y había todo el veneno de la herejía.

Los racionalistas triunfaban. Estos negaban lo sobrenatural, los hermesianos lo reducían á lo natural. Los primeros rechazaban la divina autoridad de la Iglesia, los segundos combatían el ejercicio de la misma. Eran las negaciones de los unos más completas, pero eran las de los otros más peligrosas.

724. Durante muchos años vimos á Alemania prendada y admirada de su «ciencia.» También las demás naciones empezaron poco á poco á hablar de la «ciencia alemana» y á enalzar á «la docta Alemania.»

En todas partes eran los racionalistas, los primeros en formar coro en aquel concierto de alabanzas; pero aplaudían también á porfía un buen número de católicos. Si preguntábais á aquéllos porque tenían en tanto aprecio á la «ciencia alemana,» alegaban los trabajos

(1) Si quis dixerit fieri posse, ut dogmatibus ab Ecclesia propositis, aliquando secundum progressum scientiæ sensus tribuendus sit alius ab eo, quem intellexit et intelligit Ecclesia; anathema sit. (*De fide cath.* cap. iv, can. 3).

I. Resúmen.

II. La ciencia alemana.

de la escuela de Kant, ó los de los racionalistas de Tübinga. Si interrogábais á ciertos católicos, citaban, en prueba de «la ciencia alemana,» «las grandes especulaciones de las universidades y seminarios de Alemania,» es decir, las aberraciones de Hermes ó de sus discípulos. A ciertos ánimos los pasmaba el poderío militar de Alemania, y admiraban el incremento de sus ejércitos y el perfeccionamiento de su material de guerra: ¿podría, pues, en efecto, negarse el título de «nación sabia» á la que cuenta con los cañones de mayor calibre y el mayor número de soldados?

«Hubo en la tierra antiguamente famosos gigantes, hombres de gran talla, hábiles guerreros; pero no conocían la verdadera ciencia. Los hijos de Agar, los habitantes de Merra y de Teman buscaban la prudencia terrena; narradores de fábulas é inventores de doctrinas nuevas, ignoraban el camino de la sabiduría verdadera y no supieron descubrir sus huellas y senderos. La Sabiduría estaba en Dios desde toda la eternidad; en el tiempo apareció en la tierra y vivió en medio de los hombres (1);» mora en la Iglesia y «se revela á los humildes y sencillos.» Dichosos los que escuchen sus lecciones, por más que los soberbios del siglo los traten de ignorantes. ¡Desdichados los que no la conocen, aunque ensalce su «ciencia» el mundo entero!

(1) Baruch, III, 26, 27, 28, 38.

TÍTULO II.—EL TRADICIONALISMO.

CAPÍTULO I.

Exposicion del error.

725. El tradicionalista es un sistema que exagera la flaqueza de la razon, así como exagera sus fuerzas el hermesianismo. Los hermesianos ensalzan la razon hasta pretender que puede alcanzar la evidencia intrínseca de los misterios de la fe; los tradicionalistas la deprimen hasta sostener que no puede, con sus propias fuerzas, adquirir la certidumbre de las mismas verdades naturales, sino que ha de recibirlas de la *tradicion*, es decir, por revelacion divina ó por transmision social. Los primeros pecan por excesiva confianza en el poder de la razon, los segundos por excesiva desconfianza de su flaqueza.

I. Punto común á todos los sistemas tradicionalistas.

726. Muchos son los sistemas tradicionalistas. Hé aquí los más famosos.

II. Varios sistemas.
1.º Sistema de Bonald.

Dice Bonald: «Para *hablar el pensamiento*, es preciso *pensar* antes la *palabra*;» el *pensamiento*, antes de expresarlo exteriormente con una *palabra*, debemos interiormente darlo á luz con una primera palabra: el *pensamiento* debe resonar en nuestros oídos en su *expresion* para bajar al alma y subir desde ella á los labios en una segunda expresion; el *verbo interior* no puede existir en la inteligencia, si no lo despierta ó lo trae allá el *verbo exterior*. Indudablemente puede haber percepciones *sensibles* sin auxilio de la palabra. Basta para ello abrir los ojos. Podemos tambien tener *imágenes*; pues las imágenes son objeto de los sentidos. Pero, sin auxilio de la *palabra*, no pueden darse *conceptos intelectua-*